

Francisco Fuster

BAROJA EN PARÍS

Guerra Civil y exilio
(1936-1940)

Marcial Pons Historia

ÍNDICE

Agradecimientos, 13

1. París, fin de siglo, 15
2. El destierro, 27
3. Un retorno fugaz, 51
4. Baroja en el Colegio, 75
5. *Choses vues*, 93
6. De entreguerras, 127
7. Regreso al hogar, 151
8. Una poética del exilio, 171

Bibliografía citada, 177

PARÍS, FIN DE SIGLO

A finales de 1940, el musicólogo valenciano Eduardo Ranch Fuster envió una carta a Pío Baroja pidiéndole una serie de datos. No era la primera vez que este devoto lector barojiano se dirigía al escritor vasco —con quien mantenía, desde hacía años, una correspondencia relativamente fluida— para hacerle una consulta en torno a su biografía. Ranch era un hombre erudito y curioso que, al tener acceso directo a su fuente, prefería preguntar al propio interesado y obtener, de esa manera, información de primera mano con la que conjeturar sobre distintos episodios de la vida de Baroja, de la que le interesaban, en especial, los años de finales del siglo XIX (1892-1894) que el novelista pasó, junto con su familia, en Valencia y en el pequeño pueblo de Burjassot, pegado a la capital del Turia.

A menudo, las respuestas de don Pío a esas misivas eran forzosamente incompletas: o desconocía el pormenor de los asuntos por los que su amigo le preguntaba, o bien se le habían olvidado total o parcialmente, como, por otra parte, era natural al hablar de hechos sucedidos casi medio siglo antes. Sin embargo, esa vez hubo suerte y, haciendo un notable esfuerzo de memoria, Baroja envió a su corresponsal lo que este solicitaba:

ni más menos que una lista de los lugares donde había vivido, con sus respectivos domicilios, y una relación de todos los viajes —aquellos de los que se acordaba— que el autor de *El árbol de la ciencia* había emprendido a lo largo de su, por entonces, ya longeva existencia.

Gracias a esa detallada respuesta, fechada en Madrid el 19 de diciembre de 1940, sabemos que Baroja estuvo por primera vez en París a finales del siglo XIX y que volvió allí hasta siete veces más, antes de su emigración obligada en 1936, con la que se inició el largo destierro provocado por la Guerra Civil española, que lo retuvo allí durante casi cuatro años (salvo unos meses que pasó de vuelta en España, entre el otoño de 1937 y el invierno de 1938), hasta mayo de 1940. En concreto, y si nos fiamos de su no siempre confiable memoria, el escritor visitó la capital francesa en 1899, 1904, 1906, 1911, 1913, 1924, 1926 o 1927 (aquí no pudo precisar el año) y en otra ocasión posterior, «años después», de la que tampoco supo aclarar la fecha. Luego ya vino el exilio de 1936, una muy breve visita en 1937, antes de volver a España por primera vez, y el lapso, más extenso, de su «segundo exilio», entre la primavera de 1938 y la de 1940.

Aunque cada uno de esos viajes tuvo su razón de ser y tiene su interés, lo cierto es que, de las ocho primeras estancias de nuestro protagonista en París (no entro, por ahora, en los años del exilio, que constituyen, por sí mismos, una etapa vital con entidad propia), las tres primeras fueron las más importantes, por obedecer a su expresa voluntad de descubrir una nueva realidad, ajena a la geografía nacional y al entorno familiar en el que había nacido y crecido. En este sentido, su amigo y confidente, el periodista Miguel Pérez Ferrero, describió con bastante acierto en su biografía «autorizada» del novelista cuál era el estado de ánimo que poseía al joven aspirante a escritor (tenía solo veintiséis años y era un completo desconocido en el panorama li-

terario del fin de siglo español) cuando pisó por primera vez la ciudad del Sena: «En 1899 llegó por primera vez a París Pío Baroja. Era un día de julio. ¿A qué llegaba? Llegaba a conocer, a observar, tal vez a trabajar, si la ocasión surgía, en alguna empresa de índole literaria, como algunos españoles que colaboraban en diccionarios y servían encargos de traducciones que ciertas editoriales lanzaban con vistas al comercio de América. En su bolsillo llevaba recortes de los artículos periodísticos —estampas— que habrían de nutrir su primer libro. Y el título del futuro volumen en el pensamiento: *Vidas sombrías*»¹.

Que esta afirmación tiene una base real queda claro al leer las múltiples referencias que, a lo largo de su vida y de su obra, Baroja hizo al impacto que le causó el descubrimiento y, también, a los motivos por los que sentía un deseo tan grande de visitar aquella ciudad. Sirva como ejemplo este pasaje de *Paseos de un solitario* (1955) —libro autobiográfico cuya acción transcurre, precisamente, en París— en el que, más de cincuenta años después, todavía recordaba la razón por la que viajó hasta allí por primera vez (no así la edad que tenía, porque habla de veintidós años cuando, en realidad, tenía cuatro más): «Tendría yo veintidós años, había sido médico de pueblo en Cestona (Guipúzcoa), después me había dedicado a un pequeño negocio industrial, y habiendo reunido unas pesetas, decidí ver un poco de mundo y enterarme de cómo se vivía en otras partes. Mi primera curiosidad era ver París, que para mí constituía, por su forma, el pueblo más interesante del mundo»².

Ya unos años antes, en *Final del siglo XIX y principios del siglo XX* (1945), cuarto tomo de sus memorias, tituladas *Desde la última vuelta del camino*, había incluido unas páginas de recuer-

¹ Miguel PÉREZ FERRERO (1972), p. 94.

² Pío BAROJA (1999a), p. 635.

dos sobre sus andanzas parisinas que se abrían con una explicación sobre el origen de ese primer viaje. Si siendo adolescente pensaba que cualquier joven estudiante español, mínimamente curioso, debía irse a Madrid durante la mocedad, para no permanecer en la universidad de su región y que se le quedaran «el carácter y los gustos provincianos toda la vida», al terminar la carrera y el doctorado, creyó que la única forma de sentirse plenamente europeo era realizando ese viaje de iniciación —un rito de paso— a París que hicieron tantos escritores y artistas españoles durante los deslumbrantes años de la bohemia y la *Belle Époque*: «hacia los veinticuatro o veinticinco años, me pareció bien el ir a París. Es o era la ciudad cosmopolita más grande y más fácil de visitar para un español. Uno de los objetos principales de la visita y de la estancia allá era para mí darme cuenta de lo que podía ser un español ante el mundo europeo»³.

En este sentido, el joven Baroja era perfectamente consciente de que, durante esos años del cambio de siglo, todo lo que sucedía en París tenía, para lo bueno y para lo malo, una repercusión mundial solo comprensible para quienes lo vivían *in situ*. Por eso, cada vez que quería tomar distancia con lo que sucedía en España optaba por repetir el viaje, pues consideraba que, desde allí, su forma de mirar la realidad del mundo adquiriría una dimensión distinta, más compleja y más honda: «Casi desde que comencé a escribir he solido ir a París a pasar largas temporadas. No para conocer la ciudad, que viéndola una vez basta, ni para visitar a los escritores franceses, que, en general, se consideran tan por encima de nosotros que no hay manera decorosa de abordarlos, sino para tener un punto de observación más ancho y más internacional que el nuestro»⁴.

³ Pío BAROJA (1997a), p. 707.

⁴ *Ibid.*, pp. 707-708.